

Semblanza del Dr. Bernardo Nante escrita por el Dr. Jorge Martín

Quisiera comenzar este homenaje con unas palabras de la obra *De occulta philosophia*, que bien podrían haber sido escritas por Bernardo: «Ego ... qui ab ineunte aetate semper circa mirabilium effectuum et plenas mysteriorum operationes curiosus intrepidusque extiti explorator» [«Yo ... que desde mi más tierna infancia fui siempre un curioso e intrépido investigador respecto a las operaciones de los efectos maravillosos y llenas de misterios»]. Esta referencia que hago a Cornelius Agrippa von Nettesheim no es casual porque, si tuviera que caracterizar brevemente a Bernardo, lo presentaría como a un auténtico humanista del siglo XXI, en la doble acepción de ser un estudioso del pensamiento clásico (en su sentido más amplio) y un promotor de los valores humanos. Al igual que su ilustre predecesor del Renacimiento, Bernardo también ahondó en la filosofía, las religiones, la matemática y la alquimia, pero sumó a estas disciplinas los saberes modernos y contemporáneos como la psicología, las ciencias orientales y la economía.

La historia de la filosofía nos enseña a distinguir dos clases de pensadores. Los hay que eligen su dirección y que avanzan metódicamente hacia su objetivo, elevándose, de grado en grado, a una síntesis buscada y premeditada. Y hay otros que van, sin método aparente, a donde su imaginación los conduce, pero cuyo espíritu está tan en armonía con la realidad que todas sus ideas concuerdan naturalmente entre sí. Su reflexión, que parte de un punto indistinto y se compromete en cualquier derrotero, se las arregla para llevarlos siempre a la misma meta. Sus intuiciones, que no tienen nada de sistemáticas, se organizan por sí mismas en un sistema. Al grupo de estos últimos pertenece Bernardo Nante. Lo que sorprende primero de él, es lo imprevisible de su imaginación que multiplica las visiones novedosas de conjunto y las ideas originales. Pero pronto la unidad y la profundidad de la doctrina se revelan. Un gran pensamiento sostiene la obra y le imprime su dirección.

Él nos conduce, por mil caminos diferentes, a desentrañar la naturaleza humana. «Magnum ... miraculum est homo», dice el *Asclepio* en su versión renacentista, y Bernardo recurrió a los más diversos saberes y disciplinas para mostrar y tratar de comprender este gran milagro que es el ser humano: desde las neurociencias actuales hasta las antiguas tradiciones ocultistas, deteniéndose en particular en los estudios sobre el inconsciente. De este nos ha revelado, en sintonía con la psicología romántica, que no es solo un depósito de desechos o la fuente de enfermedades psíquicas, sino que incluye maravillas. Lo subliminal contiene elementos de lo sublime. Del poderoso inconsciente afloran ideas, símbolos, capacidades, inspiraciones que asociamos con el genio y con la más alta capacidad creativa. Y Bernardo no se limitó, como muchos otros antes que él, a estudiar en teoría estas fuerzas creadoras, que son probablemente la clave del significado de la vida, sino que las experimentó y las aplicó en diversos campos, como el científico y el artístico. En sus reiteradas incursiones en el cine, la música y la literatura encontramos, como diría Pascal, el *esprit de finesse*, complemento perfecto del *esprit de*

géométrie, que se había manifestado a sus tempranos quince años cuando realizó un descubrimiento matemático.

Si tenemos en cuenta su obra teórica, que se encuentra, por ejemplo, en libros como *Una nueva comprensión del hombre. Esbozos de una antigua antropología filosófica* o *El libro rojo de Jung. Claves para la comprensión de una obra inexplicable*, o en sus trabajos para la edición de varios volúmenes de la obra completa de Jung y sus numerosos artículos y entrevistas (que algún día deberían ser recopilados), lo que más llama la atención del lector a primera vista, sin entrar ahora en análisis técnicos, es su impresionante erudición y las brillantes interpretaciones que despliega. Luego de leerla, uno está tentado a aplicarle a él las palabras que Arthur Lovejoy dijera sobre William James (sin duda, otro espíritu afín a Bernardo): «He touched nothing which he did not vitalize». En efecto, él tiene el don de vivificar las doctrinas, los textos, los mitos, los sueños, y de este modo nosotros mismos nos vemos animados y enriquecidos por los tesoros ocultos que encierran.

Podríamos pensar, quizá, que una vida consagrada tan intensamente, como la de nuestro homenajeado, a los estudios y las producciones culturales (por no mencionar su actividad académica en el país y en el extranjero) ha estado acompañada de una existencia solitaria y adusta. Nada más lejano de la realidad. Quienquiera que haya frecuentado a Bernardo sabe de su extraordinario sentido del humor. Y en esto también se acerca a los humanistas. En el Renacimiento se escribieron numerosos tratados sobre lo cómico y la risa en su relación con la filosofía, la poética, la medicina, la fisiología, la ética y, en general, con el vasto dominio de las pasiones. De acuerdo con estos, el hecho de contar relatos risueños, como es el caso de las innumerables y magníficas anécdotas de Bernardo, funciona como un remedio: ayuda a curar a quien los narra y a quien los escucha. Es decir, tienen una función terapéutica: las dificultades se combaten con la ayuda de la *laetitia* y del *gaudium*. ¿Llama la atención, entonces, que se haya hecho referencia a Bernardo como a un *Democritus redivivus*? Recordemos, por otra parte, que, de la antigüedad, nos ha llegado una colección de cartas atribuida a Hipócrates, en la que el célebre médico se ocupa de la supuesta locura de Demócrito, quien ríe de todo. Se trata de un relato epistolar construido sobre una paradójica inversión de roles: el médico, en el curso del relato, se convertirá en paciente y el paciente asumirá las funciones del médico. Así, a los ojos de Hipócrates, la aparente demencia de Demócrito se transformará en sabiduría, mientras que la presunta sabiduría de los ciudadanos de Abdera, vecinos de Demócrito, pasará a ser demencia.

Así como Demócrito se burlaba de la vida de los abderitas y de sus absurdas preocupaciones, Bernardo también se ríe de los abundantes sinsentidos del mundo actual y, en particular, de las enseñanzas de cierta filosofía contemporánea. Pero, en este caso, se trata de una risa más amarga, porque él sabe muy bien que detrás de estos desatinos existenciales y doctrinales, se esconde una gran desorientación y un profundo sufrimiento humano. Como su compromiso es a favor de la *dignitas hominis*, ha llamado la atención de manera continua sobre la necesidad de

recuperar la verdadera filosofía. No se trata de negar el aspecto propiamente especulativo o incluso epistemológico de esta disciplina, sino de volver a asumir su dimensión sapiencial, que coincide con diversas tradiciones espirituales. En el fondo de cada uno de nosotros, hay un impulso, quizá de origen divino, que apunta a nuestra realización personal, única e irrepetible. Lamentablemente, numerosos factores, internos y externos, limitan este empuje e incluso lo ahogan por completo. Plotino decía «μή παύσῃ τεκταίνων τὸ σὸν ἄγαλμα» [«no ceses de construir tu propia estatua»]. Bernardo retoma esta sentencia de la filosofía neoplatónica, en un sentido físico y moral. Él nos propone una aventura, fascinante y con desenlace imprevisible. Nos invita a asumir la responsabilidad de crearnos a nosotros mismos y de desarrollar al máximo todas las potencias de nuestro ser. De seguir este camino con valentía y perseverancia, lograremos nuestra versión más deseable, seremos mejores y más fuertes.

Para ir concluyendo, me gustaría mencionar una referencia personal, que probablemente Bernardo no recuerde. Hace mucho, mucho tiempo, siendo yo un jovencito de 16 años que cursaba quinto año en el colegio, y que quería con algunas vacilaciones estudiar filosofía, me acerqué una tarde a la Facultad de Filosofía de la Universidad del Salvador. Me recibió Bernardo, que en esa época era secretario académico. No recuerdo con exactitud nuestra conversación, solo que hablamos de libros de literatura y de filosofía. Pero al salir de la institución se había producido un cambio en mi interior: estaba decidido, a pesar de todos los obstáculos, a ingresar a la carrera. Siguieron los años, Bernardo fue mi profesor de antropología filosófica y de fenomenología de la religión, después dirigió mis tesis de licenciatura y de doctorado. Hoy, décadas después, viendo en retrospectiva todo el camino recorrido y sabiendo con total certeza que, si la salud me lo permite, filosofaré hasta el último de mis días, le quiero dar las gracias a Bernardo, y seguramente muchos de los presentes se sumarán a mis palabras, por haberme ayudado a descubrir mi verdadera vocación.

Rindamos homenaje, entonces, en Bernardo al filósofo humanista de pensamiento agudo e imaginación audaz, que nos ha abierto tantos horizontes de estudio e investigación en el campo antropológico. Y agradezcámosle sobre todo por haber realizado la más alta función de un maestro, que es incentivarnos a ser dueños de nuestro espíritu y artesanos de nuestro destino.